

“Lo bueno viene con gran lentitud: pensar nuestro tiempo

Amelia Valcárcel

Majestad

Me corresponde el honor de dictar, Señor, en Vuestra presencia esta lección de apertura del curso académico 2022-2023, de todas las Universidades españolas. Un honor que agradezco a mi Magnífico Rector por su invitación y mayor honor aún porque sea bajo Vuestra presidencia.

Gracias pues Señor en nombre de esta mi Universidad y de todos los colegas de docencia e investigación que hoy nos acompañan, aquí y por vía digital. Es una bella ocasión porque, Señor, celebramos en la Uned el Cincuenta aniversario de nuestra creación. La UNED es probablemente la universidad que más ha hecho crecer el número total de personas con un título universitario en el ámbito de la lengua española. A sus docentes nos da orgullo tenerlo presente. Amaneció la UNED a la vida en un tiempo de cambio y creemos con fundamento que hemos ayudado a la profunda transformación de nuestra sociedad.

Escribió [Lord Bacon](#), que además de filósofo genial fue gran Canciller de Inglaterra y admirador del Imperio Español -tiendo a tomar con mucha seriedad lo que alguien así vislumbre- que la mucha cantidad de universitarios era receta segura para la inestabilidad de los reinos y los tiempos. Juzgaba que el saber sin poder vuelve a la gente descontentadiza. Por ello ese ha sido el camino, limitar el

saber, que algunas formas sociales tomaron, pero nunca logró aclimatarse en las nuestras. Nuestras sociedades son constantemente innovadoras y sabemos que “la fuerza y el vigor vienen de abajo”, como ya lo escribió [Justus Möser](#). La educación ha sido el canal por el que ese flujo ha tenido acceso a conformar la cultura común y la voluntad general.

¿Es que acaso nos han tocado tiempos sabios? Sería gran novedad. Veámoslo más de cerca. Escribió [Hegel](#), en una sentencia asombrosa, que “la filosofía es el tiempo captado por el pensamiento”. Tiempo es no solo aquello que en definitiva somos, sino que también serían tiempo cualesquiera de nuestros saberes, puesto que se reducen, bien mirado, a memorias. La filosofía ha combatido con el tiempo largamente. Cuando es teoría con su noción; cuando práctica con su interpretación. Observa el tiempo, se mide con él, da de él cuenta y forma.

En la filosofía mundana “el tiempo que nos ha tocado”, es una frase hecha que lleva un gran peso guardado dentro. Casi nunca se pronuncia para alabarlo. Supone creer que habitamos el mundo de la casualidad y que no hay más orden que una fortuna ciega. Esta manera de ver el mundo es a la vez poderosa y confusa. Nos tienta a dar por bueno que, si lo que nos toca es enmarañado, la claridad se ha perdido en algún momento. Así perdemos de vista lo mucho más difíciles de encajar y juzgar que han sido los anteriores.

El pasado admite claridad sólo cuando lo iluminamos. La historia humana, aunque haya habitado confortablemente esta idea durante milenios, no es la de

una caída. Parece sensato apreciar que el pasado no es luminoso. Y también recordar que la primera queja sobre lo degenerado de los tiempos se escribió en una tablilla sumeria.

“En otro tiempo hubo una época en que no había serpiente

ni había escorpión, no había hiena, no había león; no había perro salvaje ni lobo; No había miedo ni terror: El hombre no tenía rival”.

Todo ha ido a menos y es difícil mantener lo alcanzado. Traeré otra tablilla porque tiene su gracia, dedicada a quien, estudiante, vaguea: “¿Crees que llegarás al éxito, tú que te arrastras por los jardines públicos? Piensa en las generaciones de antaño, frecuenta la escuela y sacarás un gran provecho. Piensa en las generaciones de antaño, hijo mío, infórmate de ellas”¹.

¿Cómo ha de ser habitar un mundo en que lo mejor ha sucedido ya? Varios de ellos han existido, no los tenemos tan lejos, y, en efecto, lo mejor que en ellos podía darse ya se había dado. Se enfrentaban a la decadencia. La veían mañana y noche alrededor. Consideremos el extraordinario soneto de [Quevedo](#): “Miré los muros de la patria mía, si un tiempo fuertes ya desmoronados”. ¿Acaso estamos en tales tiempos?

Ninguno de los verdaderos dilemas envejece, dejó [Steiner](#) escrito. Cada noticia que escuchamos se inserta una interpretación de “los tiempos que nos han tocado”. ¿Cómo son nuestros tiempos? Los que habitamos son, sobre todo, globales. La globalización es un proceso también de neutralización cultural y crisol

¹ Noah Kramer La historia empezó en Summer, pág 30.

que viene produciéndose desde la salida de Europa de sus lindes. Este mismo año cumplimos la circunvalación de la tierra por la Nave de [Elcano](#). Fue ese enorme impulso europeo lo que nos ha traído a nuestro presente. Pero bastantes globalizaciones² parciales habían existido ya. La del Mediterráneo romano. La de los siete reinos china. Los grandes imperios americanos. La colonización tan reciente del Pacífico³. Ahora el planeta nos es conocido al centímetro y cada vez nuestro saberto de lo que en él ha ido ocurriendo es más y más afinado.

Traigo a comparecencia a dos historiadoras contemporáneas. La una, [Mary Beard](#), porque con ahínco nos recuerda que no podemos abordar y hacer inteligible casi nada de lo que como humanidad nos preocupa si no nos damos maña en agrandar y afinar nuestro sentido histórico. La otra, [Iglesias](#), porque, a fin de que la mirada sobre la historia nos resulte provechosa, avisa de que “no siempre lo peor es cierto”. ¿Es acaso verdad que, como citan a [Borges](#) los perezosos, todos los presentes han entendido su tiempo como desastroso? Desde luego que no. Vivimos en el mundo que edificó [Descartes](#). Uno que, además de inteligible, tiene carta de ruta. Durante enormes eras el sentido histórico no ha existido. La humanidad, sin creerse nunca del todo una especie natural como las demás, ha vivido en el mundo de la repetición⁴. La fuerza de la vida le ha sido suficiente. Pero... ¿lo es ahora?

² Sobremanera las citadas por Le Goff y antes señaladas por Braudel: la fenicia antigua, Cartago, Roma, la Europa cristiana, el Islam, Moscovia, China e India. Le Goff “Las globalizaciones”, Clarín, Argentina, noviembre 2001. También Duby Atlas Histórico Mundial, Larousse, 2007.

³ Harari

⁴ Y, por usar esta vez a Kierkegaard, no ha tenido otro horizonte.

Ahora conviene traernos a [Fichte](#)⁵, con su idea del perfecto progreso:

“En la mera consideración del mundo, tal cual es...

se manifiesta en mi interior el deseo, el anhelo, incluso la exigencia absoluta de un mundo mejor. Echo entonces un vistazo a las relaciones actuales de las personas entre sí y con la naturaleza, a la flaqueza de su fuerza, a la violencia de sus deseos y pasiones. Irreprimible dentro de mí se escucha: «Esto no puede quedar así; todo tiene que ser distinto, tiene que ser mejor»⁶.

Algún día, llegó a escribir, apagaremos los volcanes.

Quizá nuestra confianza en el progreso⁷ no es ya tan profunda, pero nuestro anhelo sigue igual de poderoso. Asistimos, me arriesgo a decirlo, a un cambio de época, no un mero cambio de ciclo. Estamos inmersos en un cambio civilizatorio.

Se dice del XX que fue un siglo corto puesto que empezó con la Gran Guerra y terminó con el desmantelamiento de la Unión Soviética. Nunca el planeta ha sido tan pequeño ni tan parecido a un patio de vecindad en el que ocultar cualquier cosa resulta imposible. En los noventa aún duraba la sensación de que la democracia no tenía otro futuro que el seguir extendiéndose por la tierra, a cada vez más países y con mayor fuerza y velocidad. Hoy sabemos que solamente el trece por ciento, repito, el trece por ciento de la población mundial vive dentro de un sistema político abierto. Nuestro optimismo es cada vez más pálido. “Los

⁵ Vattimo Que non si capice nulla...

⁶ El Destino del Hombre 133.

⁷ El progreso técnico según Toynbee está regido por la ley de la simplificación progresiva, que se aplica tanto a máquinas como a alfabetos. Tomo I, pág. 298.

tiempos que nos han tocado” están repletos de desafíos. No es necesario apuntarse a versiones apocalípticas para percibir que algo del siglo XX queda en el XXI y también que algo nuevo y todavía informe parece amenazar desde el horizonte.

En el siglo XVI, cuando Europa tomó la delantera del proceso acelerado de globalización, nuestras ciudades se erizaron de murallas⁸. Fuerte hacia afuera, dividida dentro. Raro les sonaba a los futuros colonizados, por ejemplo, que españoles y portugueses los requirieran para luchar de su parte... cada reino por separado. Así empezó a desconfiar Japón de sus extraños visitantes. Expeditiva, China cerró sus fronteras. Europa es, pese a nuestros oficiales y serenos edificios dóricos, contemplada como bullanguera en muchas partes. No todo ha de ser filosofía: viendo una película india reciente, [Chopsticks](#) en su título original⁹, la protagonista exclama “No quiero saber nada de los europeos. No saben estarse quietos. El día menos pensado cambian de idioma”.

Y es bien cierto que estamos desatados en el camino de la innovación, no sólo técnica, sino y ante todo, sociomoral. Constantemente la necesitamos... y con ello arriesgamos nuestra estabilidad. No cabe dudarlo. Los griegos, antepasados nuestros, se preguntaron cómo habían hecho para vencer al Gran Rey. Ciro sigue en nuestros idiomas queriendo decir señor. [Esquilo](#) les dio la respuesta: eso que nos parece desorganización es nuestra mayor fortaleza. La ironía también lo es.

⁸ Delumeau, El miedo en Occidente,

⁹ Traducido como Trabajo en equipo.

Estos no son los peores años de la historia. [Diógenes de Sínope](#) fue un gran talento para la puesta en escena aunque probablemente un ciudadano poco confiable. Más que enseñanzas en su caso se nos transmiten anécdotas, eso sí, jugosas. Recuerdo ahora un buen par. En una de ellas Diógenes está sentado al lado de su barril zanganeando plácidamente cuando Alejandro el Grande, que visita la ciudad, se le planta delante y, generoso, le dice. “Diógenes, admiro tu saber. Pídeme lo que quieras”. Diógenes pestañea y responde... “que te muevas un poco porque me estás quitando el sol”. Este sucedido es probablemente tan falso como las monedas que acuñaban él y su padre. Pero la siguiente tiene trazas de verdad. Cercada la ciudad, todo el mundo entra en frenesí: las murallas se refuerzan. Suenan los yunques que templan las armas, se empluman flechas, se almacenan víveres.... Diógenes entra súbitamente en actividad. Sube su tonel a lo más alto y lo deja rodar hasta las puertas. Lo vuelve a subir y corre tras él cuando baja. De nuevo lo sube... Los ciudadanos, asombrados, le inquieren.... Dinos, Diógenes, ¿por qué haces esto? La respuesta es: “Os veo a todos tan ocupados que no quiero desentonar”. Sus conciudadanos, a pesar de lo difícil de la situación, apreciaron la gracia de la respuesta. En una ciudad cercada es bueno aceptar la disidencia y dejar correr la risa.

Habitamos tiempos globales y un planeta finito que más nos vale que cuidemos. No es sencillo. Adelanto que [Huntington](#), uno de los grandes pensadores políticos de esta edad, puso sobre la mesa este aserto: La historia es el nombre respetable de la demografía. Habitamos una civilización democrática y feminista que tiene el desafío de mundializarse... o amurallarse. Parece haber

pocas medias tintas. Si lo de calificar a nuestro mundo de feminista ha producido alguna extrañeza, vayamos asumiendo que ésa es una de nuestras novedades radicales. Somos la primera civilización sobre la tierra que proclama que varones y mujeres valen lo mismo. Y eso nos hace bastante peculiares. Despojadas del recurso de la tradición, nuestras sociedades necesitan constante innovación para mantenerse, más y más talento por tanto. Para funcionar se basan en el diálogo, la libertad de palabra y los acuerdos por consenso. Promueven y buscan la igualdad, están orgullosas de sus libertades públicas y tienen difícil siempre aquilatar cuánta tolerancia han de usar para con quien parece no compartir sus valores básicos.

Cualquiera que gobierne sabe que ha de tomar decisiones para largos años aunque le toque gobernar pocos. Por eso el consenso en los asuntos de cierta magnitud es el programa número uno. Queda irónico, pero lo cierto es que hay que decidir conjuntamente en qué nos vamos a dividir. Extrañas son las democracias, ciertamente, el mejor modo de convivencia que hemos logrado edificar. Extrañas y obligadas constantemente a pensarse y pensar el tiempo que habitan. Somos un mundo no narcisista que se observa por obligación.

El actual es uno en que las instituciones internacionales parecen sufrir un enorme proceso de desafección, un extrañamiento. Están fragilizadas. La autoridad que pudiera ordenar el proceso de mundialización no existe. Navegamos en creciente oleaje. Conocemos como ciudadanía casi todo en tiempo real, pero actuar en ello nos está vedado¹⁰. Pareciera, además, que los tiempos se están

¹⁰ Emilio Lledó.

tornando más oscuros. El arcaico orden moral de la fuerza, al que todo estuvo librado hasta ayer, nos acecha. Esta ha sido nuestra peor pesadilla, que el viejo orden resucite. Y tenemos indicios de que lo intenta. Algo parece que se nos está cocinando, pero... como escribió el paje de Felipe II, Zapata de Chaves, “por ponzoñosa que sea, se puede una culebra comer”¹¹.

Cuando [Eleanor Roosevelt](#) consiguió por fin proclamar la Declaración Universal de Derechos Humanos en 1948, se abrió una puerta al futuro posible. Fue esa la fecha fundacional de la confianza en producir un mundo que se separara del viejo orden. La filosofía piensa los nombres del tiempo, contempla su espalda pero intenta también iluminar su rostro. Examina el tiempo es una gran labor¹². Dese por dicho que tenemos mejores instrumentos que nunca para pensarlo y muchas más cabezas que jamás para hacerlo. No se nos va a indigestar.

Muchas gracias.

¹¹ (Zapata de Chaves, 80).

¹² Por citar Montesquieu, Stael y Montaigne.